

ÓSCAR COELLO

**DIEGO DE SILVA Y GUZMÁN: POETA
Y NOVELISTA DE LA FUNDACIÓN DEL PERÚ**

**DIEGO DE SILVA Y GUZMÁN: POET AND
NOVELIST OF THE FOUNDATION OF PERU**

**JACQUES DE MÉLANGE ET DE GUZMÁN :
UN POÈTE ET ROMANCIER
DE LA FONDATION DU PÉROU**

Al Dr. Jorge Puccinelli, *in memoriam*

Resumen

Este artículo presenta la obra en verso y en prosa del escritor prerrenacentista Diego de Silva y Guzmán. Explica su papel en los inicios de la creación literaria castellana en el Perú y América. Comenta la importancia del *Poema del descubrimiento del Perú* y de *La toma del Cuzco*, que son, respectivamente, el primer libro de poesía y la primera novela escritos en español con temas del Nuevo Mundo.

Palabras clave: Diego de Silva; poesía; novela; castellano; Perú.

Abstract

This article presents the work in verse and prose of the pre-Renaissance writer Diego de Silva and Guzmán. It explains his role in the beginnings of the Spanish literary creation in Peru and Latin America. It discusses the importance of the *Poema del descubrimiento del Perú* (Poem of the discovery of Peru and *La toma del*

Cuzco (The Occupation of Cuzco), which are, respectively, the first book of poetry and the first novel written in Spanish with themes of the New World.

Keywords: Diego de Silva; poetry; novel; Spanish; Peru.

Résumé

Cet article présente l'oeuvre dans un vers et dans prose de l'écrivain prerrenacentista Jacques de Mélange et de Guzmán. Il explique son papier dans les commencements de la création littéraire castillane au Pérou et en Amérique. Il commente l'importance du Poème de la découverte du Pérou et de La prise du Cuzco que c'est, respectivement, le premier livre de poésie et le premier roman écrits chez l'Espagnol avec sujets du Nouveau Monde.

Mots clés: Jacques de Mélange; une poésie; il écrit des romans; un castillan; le Pérou.

Fecha de recepción : 19/05/2016

Fecha de aceptación : 19/05/2016

Introducción: un recuerdo del maestro Puccinelli

Hace unos cuarenta años atrás, terminados mis estudios de literatura, yo debía recibirme en la carrera de Literaturas Hispánicas en la Universidad Mayor. Aunque era ya mi segunda carrera, quería naturalmente obtener mi nuevo título. Había conversado con varios de mis profesores para que me asesoraran en la tesis, pero todos se rehusaban gentilmente. La razón era que había escogido un tema que no era muy popular en aquellos días en San Marcos: la poesía de los conquistadores. En el lenguaje de moda de la época, eso quería decir que había optado por estudiar la poesía de los vencedores; y eso era toda una abierta contestación a las ideas prevalecientes en la Escuela. Definitivamente, el tema no era del menor interés para ninguno de mis maestros a los

que había acudido, por lo que, prácticamente, corría el riesgo de quedarme sin título por falta de asesor. O resignarme a cambiar el tema y de vocación, etcétera.

Entonces, fui a hablar con la autoridad correspondiente de la Facultad, es decir, con el Dr. Jorge Puccinelli, y le manifesté mi preocupación. No recuerdo si él era el decano o el jefe de Departamento Académico, en aquel momento. Lo que sí recuerdo es que era un señor muy importante en el mundo de las letras peruanas, y yo había llevado con él por lo menos un seminario de literatura peruana bastante serio. Después de escucharme con esos silencios interminables en los que se sumía durante los coloquios me respondió con una sola frase que me dejó, esta vez, sin habla: “No se preocupe, Coello, yo lo voy a asesorar”.

En los dos años siguientes, mi vida transcurrió entre la casa de Raúl Porras, donde teníamos nuestras entrevistas, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca de Rubén Vargas Ugarte, que quedaba en un entresuelo del colegio jesuita de Monterrico, donde yo trabajaba como profesor, por entonces. Don Jorge me envió a conversar con muchos señores importantes, comenzando por el propio padre Vargas Ugarte, que aún vivía en la casa de San Pedro, para que yo escuchara sus pareceres. Ese fue un tiempo en el que, de veras, me enriquecí muchísimo.

Nunca olvidaré nuestra primera entrevista, en la casa de Porras, cuando el Dr. Puccinelli me obsequió dos hojitas de papel mimeografiado con una *Bibliografía de bibliografía* que él había preparado para mí. Fue prácticamente mi acta de incorporación al mundo que yo había estado buscando. Ahí, en esos sucintos papeles estaba todo —o prácticamente todo— el ruterio de lo que serían después los afanes de mis años posteriores. Estaba desde el invaluable *Epítome* de León Pinelo, de 1629, hasta las bibliografías de José Toribio Medina, Carlos Prince, Rafael de la

Fuente Benavides, etc. Guardo estas páginas muy queridas como una reliquia, a la que recorro cuando necesito mirar el camino de nuevo para avanzar en mis estudios de las letras de la fundación del Perú.

Ampliaré un poco más este recuerdo. Lo que circulaba por entonces —década del 65 al 75—, acaso como ecos bélicos tardíos de las disputas entre hispanistas e indigenistas, es que la conquista del país de los incas había sido un acto de despojo, magnicidio y saqueo, y sin tiempo para la literatura, porque todos los que llegaron fueron una partida de ignorantes sedientos de odio y sangre indígena, y con ningún tiempo para las bellas letras. La verdad, yo nunca me creí eso. Lo que sí era un hecho positivo, es que la poesía de la conquista que se conocía, por entonces, prácticamente se reducía a unos rastros de coplillas populares y unos romances dispersos y mal editados. Y se sostenía abiertamente que no se había escrito ninguna obra seria y de aliento que pudiera decirse: ahí está la gran poesía épica del descubrimiento del Perú. Don Jorge, obviamente, me hizo leer en primer lugar a Raúl Porras. Porras en la Biblioteca de Viena había visto un manuscrito que había publicado un sabio europeo, Sprecher de Bernegg, en el siglo XIX, y del cual él mismo había sacado un microfilm, que dejó al morir en su donativo de Biblioteca Nacional de Lima. El maestro Porras se murió convencido de que se trataba de una crónica rimada. Yo leí siempre ese texto como el primer poema del Perú y de América, y databa de 1538.

En esos dos años que trabajé con el doctor Puccinelli solo hice un ordenamiento bio-bibliográfico de toda la poesía de la conquista, y con ese trabajo me gradué de bachiller.

Los jurados objetantes —u oponentes—, como se les llamaba entonces, fueron los doctores Antonio Cornejo Polar y Wáshington Delgado. Justo es decir también que los doctores

Delgado y Cornejo Polar redactaron informes elogiosos que fueron un fuerte estímulo para mi vocación.

Más tarde, fui a la Universidad Católica en busca del grado de magíster. Allí, me encontré con otro maestro de imborrable memoria, el doctor Enrique Carrión Ordóñez. Con él avancé un poco más; ahora se trataba de un estudio de posgrado. Entonces, hice la *collatio* de los textos y el estudio crítico. Los resultados están publicados por la misma Universidad Católica en este libro titulado *Los inicios de la poesía castellana en el Perú*. Así, comenzó mi afán por el tema del que daré alguna cuenta aquí.

El poema del descubrimiento del Perú

En el *Quijote*, don Miguel de Cervantes hace una cita que ha devenido en inmortal. La cita dice: “La razón de la sinrazón que a mi razón se hace de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura” (Cervantes, 1962: 44). El autor citado era Feliciano de Silva, el escritor favorito del enamorado caballero don Alonso Quijano.

Ese Feliciano de Silva, imposible de olvidar, es el padre de nuestro Diego de Silva y Guzmán (¿Ciudad Rodrigo 1509? - Cuzco ¿1570?), poeta y novelista de la fundación del Perú. Como poeta nos legó el primer libro de poesía del Perú y de América, *El poema del descubrimiento del Perú*, escrito en 1538; y como novelista, la primera novela del Perú y de América, *La toma del Cuzco*, de 1539.

No había nacido (o recién nacía) el primer peruano, me refiero al Inca Garcilaso de la Vega. Pero, en España, no habían nacido aún ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón de la Barca cuando Diego de Silva y Guzmán, desde el Cuzco, labró con sabiduría, de modo incontestable, sendas obras artísticas con las que las letras del Perú

castellano habrían de situarse bien temprano en el cruce de la creación literaria del mundo occidental de la primera mitad del siglo XVI.

El manuscrito del poema existe, está en la Biblioteca Nacional de Viena (Coello, 2001: 53); y el de la novela está en la Biblioteca Nacional de Madrid (Coello, 2008a: 11). Un sanmarquino ilustre, el insigne Raúl Porras fechó el primero como de 1538; y el segundo trae fecha explícita, es de 1539. Al respecto, Porras identificó a Silva como el autor de ambos textos mediante hábiles y certeras conjeturas (Porras Barrenechea, 1951: 14-33).

En este poema, se canta la hazaña del descubrimiento del Perú. Es un libro de 283 coplas de arte mayor (escritas según la doctrina artística de las coplas de Fortuna del viejo *Labyrintho* de Juan de Mena); y antes de él solo hay en las letras peruanas un poema corto (32 coplas reales) de Francisco de Xerez, publicado al final de su crónica impresa en Sevilla, en 1534. Pues, aquella copla (en realidad una redondilla de cuatro versos de ocho sílabas), sin registro documental contemporáneo que se pueda mostrar, y que se dijo siempre fue compuesta en la Isla del Gallo, en 1527, es bien tardía (“Pues señor gobernador...”): solo la trae Gómara en su libro de historia de 1552, es decir, un cuarto de siglo después de los famosos sucesos (Coello, 2001: 325 y ss.).

El poema canta en solemnes versos la llegada a esta tierra “do grandes montañas, / principio dino / de mucha memoria” (ya estoy citando versos del poema), que no oculta los asombros y miedos iniciales, el desánimo ante los desiertos de agua, las tormentas y los silencios de la noche interminable, donde los expedicionarios descubrieron con asombro la novedad de la Cruz del Sur.

El poema del descubrimiento canta toda la hazaña; desde el día de la salida, aquel día de diciembre (“día y fiesta de Santa Lucía”) de 1524:

¹ En veinte y quatro años / el año corría,
siendo pasados / mill y quinientos,
quando con falta / de prósperos vientos
don Francisco Piçarro / del puerto partía
en día y fiesta / de Santa Luçía;
comiença trabajos / con gloria de fama
quando Fortuna / con ellos le llama
a pagalle con premios / que sienpre solía.

² Prosiguiendo en trabajos / su mucha porfía,
se mete en la mar, / dexando la tierra,
con çiento y tantos / hombres de guerra
y quatro cavallos, / que más no tenía.
Con este aparejo / encamina su vía,
la costa del sur / su mar navegando,
con vientos contrarios / las aguas forçando,
adonde Fortuna / sus fuerças ponía.

Hasta la toma de *Caxamalca*, el 16 de noviembre de 1532:

²⁶⁷ En esto, Arabálipa ya caminaba,
paso ante paso, en orden muy buena;
el Gobernador sentía gran pena
de ver que, sin duda, adrede tardaba;
y era la causa, porque esperaba,
venida la noche, pudiese mejor
matallos a todos y ser vencedor;
mas no se le hizo segund lo pensaba.

²⁶⁹ Teníanle doze o quinze señores.
Sobre los hombres: en su magestad,
sentado en las andas con gran gravedad,
labradas con oro, en diversas labores.
En alto traía, de muchas colores

de plumas, un sombrero de extraña labor,
y en la cabeza, por solo señor,
una borla segund sus antecesores.

Pero *El poema del descubrimiento del Perú*, no solo es de muy antigua prosapia, sino que sigue las reglas de un canon anterior, más viejo que el del Renacimiento español; y guarda claves de muy castizo entender: fue escrita al amparo de la Gaya Ciencia; es decir, fue hecha por poetas militantes de la resistencia castellana ante las modas italianas de poetizar. Poetas que no contaban las sílabas, sino que pulsaban el verso rítmico, para el oído, como se hacía en el latín abuelo, como se sigue haciendo ahora que la fuerza de la lengua ha puesto las cosas en su sitio, y donde ya casi no se miden los versos. Poesía para leer en voz alta, cuando la imprenta proponía un ejemplar del libro para muchos y cuando eran pocos los que sabían leer.

La naciente poesía peruana es poesía de innumerables consideraciones, poesía de iniciación o de iniciados. Por eso, ha estado olvidada por tanto y tan inmisericorde tiempo. Incomprensiblemente olvidada.

La anécdota de la hechura del poema nos dice que Pizarro, de mozo, niño aún de 17 años, estuvo guerreando por las costas de Italia bajo las banderas de Gonzalo Fernández de Córdoba, el famoso Gran Capitán. Y lo admiró. El cronista Gómara, que no quiere a Pizarro, se burla de él diciendo que en Lima, cuando ya había ganado el reino del Perú, hasta usaba zapatos blancos y sombrero blanco para parecerse al Gran Capitán (López de Gómara, 1555: LXV). Allá, en Italia se imprimió, en 1516, un poema compuesto en las mismas estrofas de arte mayor que las aquí empleadas, es decir, de las que enaltecó Juan de Mena en su inmortal *Labyrynto de Fortuna*. El poema era del “muy elocuente

varón” Alonso Hernández, y en él se cantaban las hazañas del héroe admirado por Pizarro, en el sitio de Nápoles. Estoy hablando de la *Historia parthenopea* (Hernández, 1516). Parthénopas era el nombre con que los griegos llamaban a Nápoles. De alguna manera, Pizarro adolescente escuchó el poema y se le quedó grabado en el oído. Después de las ciénagas y los mangares, de las tempestades que estrellaron sus barquichuelos por las islas de la mar del Sur, antes de salir del laberinto del desierto y encontrarse con el “*Perú de metal y de melancolía*” (García Lorca, 1980: 702), que hasta entonces solo había sido un sueño como El Dorado, como la Atlántida, un nombre indeciso, una posibilidad o una fe; cuando ya lo tuvo todo, luego de la muerte de su socio Almagro tras la batalla de Las Salinas, en el Cuzco, a los 60 años de edad, solo demandó de la vida que alguien pusiera en el verso inmortal su papel incontestable en la incontable aventura de su búsqueda del país del oro que ahora solo a él pertenecía.

El hombre, en el momento justo y en el preciso lugar para ello, fue el joven poeta noble Diego de Silva y Guzmán (Feliciano de Silva, el padre, era caballero de la Casa Condal de Sifuentes; su abuelo Tristán había sido cronista de Carlos V).

Diego de Silva fue traído por Hernando Pizarro al Perú en 1535. No fue de los que estuvieron en el viaje del descubrimiento, pero recibió de los principales capitanes el relato directo de sus bocas. Ya en otra ocasión he probado (Coello, 2008b: 11-31), con el abordaje semiótico de la enunciación, que el poema fue hecho para serle leído a Pizarro. Y que Pizarro lo escuchó en el descansado tiempo en que vivió en el Cuzco, para asentar su dominio, luego de la derrota de Almagro. Es de imaginar la noche, en el amplísimo y severo salón cuzqueño, con piso de piedras cuadrangulares, alumbrado por antorchas incas, al poeta haciendo lo suyo, es decir, recitándole a Pizarro, rodeado de los

otros burdos conquistadores, estos versos, con el manuscrito de tinta aún incandescente entre las manos:

¹¹⁸ Bien así, / como el gran resplandor
heriendo en los ojos / mas escureçe,
ni menos ni más / a mí me aconçeçe,
poniendo el sentido / en vuestro loor:
Eclisado el juizio / en cosa mayor,
quanto más alto / a sentirme abalanço,
de vuestra grandeça / menos alcanço,
çiego en lo más / de vuestro valor.

Pizarro escuchaba del poeta amigo lo que quería oír: era el mismo tono, el mismo ritmo solemne y severo de aquel sostenido por el otro poeta, aquel que le había hecho los versos a su héroe de juventud, el conquistador de Nápoles, el Gran Capitán. Por ello y por sus muchos méritos en las luchas de pacificación, le concedió una encomienda cercana al Cuzco que —finalmente— ha servido a los estudiosos para conjeturar la autoría del texto en su favor. Guillermo Lohmann Villena, de la Pontificia Universidad Católica del Perú, encontró en el Archivo de Indias, a mediados del siglo pasado (Lohmann Villena, 1950: 24), un documento (Justicia 1066.f.162) en donde Diego de Almagro, hijo, se quejaba de un tal Diego de Silva que recibió una encomienda que se le quitó al almagrista Alonso Díaz por haber escrito “unas necias y maliciosas coplas de buen capitán”, después de la batalla de Salinas. Raúl Porras, de la Universidad Mayor de San Marcos, cruzó la información con la hoja de servicios de Diego de Silva, también en el Archivo de Indias, y comprobó que, en efecto, la entrega de la encomienda se hizo y fue por orden del propio marqués, don Francisco Pizarro; y está refrendada por su secretario Alonso Picado. Esto quiere decir que el poema le gustó al Fundador, y

el poeta recibió, como era de ley, un generoso estipendio por su trabajo (Porrás Barrenechea, 1951: 14-33).

La toma del Cuzco

*“... he tomado atrevimiento, ... para representar lo que en estos reinos
ha sucedido después que el Inca principal, señor entre los naturales, se
rebeló”*

Diego de Silva, “Prólogo”.

El manuscrito de *La toma del Cuzco* se encuentra en la Biblioteca Nacional de España. Está fechado el año de 1539 (Coello 2008: 11). El relato cuenta cómo hacia finales de 1535, o inicios de 1536, las castas dirigentes de los incas, luego de tres años de haber permitido la penetración española en sus tierras, iniciaron una revuelta nacional para recuperar el vasto país de los Andes. La toma del Cuzco, la Ciudad Sagrada, era el primer objetivo. Escapado a Yucay, un paraje paradisíaco, camino a Lares, apenas a quince leguas del Cuzco, Manco Inca congregó a sus principales “caciques y personas entre ellos señaladas” y teniendo ante sí “dos vasos muy grandes de oro [las *aquillas*], llenos del brebaje de maíz que entre ellos se bebe [la chicha]”, dijo: “Yo estoy determinado, de no dejar cristiano a vida, en toda la tierra; y, para esto, quiero primero poner cerco en el Cuzco. Quien de vosotros pensare servirme en esto, ha de poner sobre tal caso la vida: ibeba por estos vasos, y no con otra condición!”. Y los grandes capitanes y principales orejones de la dinastía solar se levantaron a beber.

En realidad, se trataba de un movimiento rebelde en todo el solar patrio de los incas. En el Collao, alturas del Titicaca, la sublevación había sido ya iniciada por *Uilla Oma*, “un indio muy principal, a quien tienen ellos en la veneración que nosotros

tenemos al Papa”. Desde antes de hacer el juramento “estaba alzado, y [...] los indios habían muerto ciertos españoles que estaban en las minas” del Altiplano. En verdad, este sacerdote religioso inca, *Uilla Oma* [el *Huillca Humo* o sumo sacerdote], era el principal instigador de la revuelta. Otro de los connotados rebeldes era un hermano del Inca, bautizado en cristiano como Paulo, y asignado a Diego de Almagro, en la expedición a Chile, pero que había huido de este para juntarse con los conjurados. También, estaba un noble jefe quechua, llamado *Tey-Yupanqui*. Otro llamado *Tizo*. Y, no menos notable que los anteriores, el gran *Cayuide* o *Callide* [Cahuide], “un capitán muy estimado entre ellos”. Todos ellos se configuran como personajes indios que cumplen un rol bien definido en la diégesis.

En el mundo del relato, el adalid de los cristianos —el héroe— es Hernando Pizarro, hermano del gobernador don Francisco Pizarro, a cuyo celo se había confiado la posesión española del Cuzco. Pero no solo él, el narrador configura en su entorno otros personajes hispanos —a veces del rol de los anti héroes— como el caballeresco Rodrigo Ordóñez, que en la mañana decisiva del campo de las Salinas, afueras del Cuzco, se arrodilla ante Diego de Almagro, enemigo de Hernando, y le recita con fervor: “Plegue a Nuestro Señor que, si esto que voy a hacer no es en su servicio, y con mucha justicia, que Él permita que yo no salga vivo de la batalla. E, si por el contrario, que alcancéis la victoria como todos lo deseamos, pues todo es vuestro”.

Sin duda, en *La toma del Cuzco* nos encontramos desde el inicio con un manejo diestro del narrador para disponer el relato, de tal modo que este gire alrededor de la historia ficcionalizada de Hernando Pizarro, el héroe: un personaje con voz, con perspectiva; sujeto vivo en la ficción, aunque proceda de la realidad (Hamburger, 1995, 83). Es en torno a él que se ordenan todos

los sucesos, porque así lo quiere el narrador. La prosa es escueta, dice casi solo lo necesario, pero no deja de dar cuenta desde el primer momento del alma del paladín: se trata de presentarlo con todas las cualidades del héroe antiguo (épico, a veces caballeresco; siempre paradigmático), como sus viejos parientes el Cid, el Amadís o —el posterior— Alonso Quijano (procedan estos o no de la realidad).

En este relato, la figura real de Hernando —por arte del narrador— parece estar desprendida de su contingencia temporal y espacial, y es llevada a asumir una constitución etérea —ficcional— que lo encierra, sin retorno posible, en las coordenadas del universo recreado. Es decir, el personaje procede del mundo real, pero luego supervive y se instaura solo en el mundo de la ficción, y queda atrapado para siempre en el relato: se eterniza diciendo y haciendo siempre las mismas cosas; sin poder salir ya de las tapas del libro, como el Quijote o el Cid o el Lázaro de Tormes. Así, configurado como *el héroe*, casi no hay momento importante en el cual Hernando no esté al frente de sus hombres abriendo el camino en la batalla, recuperando una fortaleza, cruzando un río helado o hendiendo una ciénaga o un lago desconocido; amparando a los indios amigos, persiguiendo por la puna a los enemigos, castigándolos a veces con crueldad medieval, serenando a sus hombres para que no se excedan en el castigo, convenciéndolos para que no abandonen las tierras descubiertas y ganadas; en fin, dándoles ejemplo de audacia y denuedo (la historia, sin duda, gira en torno a él). También, hay lugares en que el héroe sufre externamente la prisión, pelea sin rendirse hasta ser capturado; o, simplemente, hay escenas en que sufre interna y espiritualmente el desencanto ante la traición o la incompreensión de sus amigos, o ante el estado de los acontecimientos. Están totalmente claros en este discurso literario algunos rasgos que el narrador ficcional propone para

este paladín de *La toma del Cuzco*: su alma defraudada, su elegante soledad, su inamovible fidelidad al rey, su valentía y arrojo ejemplares, su carencia de todo temor, su comedimiento cortesano, su aquilatada elocuencia caballeril.

Los viejos textos épicos griegos ponían en boca de los héroes antiguos luengos discursos, que aseguraran en el receptor la puesta en evidencia de aquella elocuencia natural de la que debían estar dotados los grandes paladines de la guerra. Algo similar ocurre con el narrador de *La toma del Cuzco* cuando busca a lo largo del relato hacernos oír *in extenso* las piezas oratorias con las que Hernando, el héroe, enfrenta los momentos decisivos. Estos discursos, lo sabemos, son otra marca del mundo ficcional. Y así, escuchamos hablar a los personajes del relato en breves o en sostenidos discursos, como la referida arenga de Manco Inca donde, en perfecto castellano de la época, hace el juramento de las *aquillas* o vasos ceremoniales labrados en oro de los incas; un discurso, por cierto, pronunciado en un lugar secreto (al que accede el narrador omnisciente ficcional) y que va dirigido a los principales “señores” de la dinastía solar los cuales —en la ficción— entienden y asienten el discurso vertido en el español literario del Prerrenacimiento.

Genette decía que “el enunciador del relato, personaje, a su vez de la historia [...] es también ficticio y, por consiguiente, sus actos de habla como narrador son tan serios *ficcionalmente* como los demás personajes de su relato” (1993: 37-38). Dicho al revés, los discursos que aparecen en un texto literario, las voces de los personajes, son tan ficcionales como la voz del que cuenta el relato. No aceptarlo así, sería entender que el Inca o los otros personajes incas hablaban perfectamente el español peninsular; y en niveles muy elaborados, digamos, literarios. También sería aceptar que el propio narrador haya tenido alguna manera de registrar los

discursos sin perderse una palabra... y en sitios vedados donde conspiraban los líderes incas o, en fin, por inubicables e inaccesibles parajes de la cordillera de los Andes. Esto es lo que diferencia este relato ficcional del relato referencial.

Entendemos por relato referencial el relato de verdades. El relato histórico es un relato referencial en tanto que se ajusta a los seres y a los hechos de la realidad; en él no interviene el escritor para manipular ninguna de las instancias de la transmisión.

En cambio, el relato ficcional —como este de *La toma del Cuzco*— es aquel donde el escritor manipula los hechos y los seres de la realidad buscando instaurar un mundo posible, pero no necesariamente verdadero; verosímil pero no falseable. Es decir, un universo no obligatoriamente cierto, pero tampoco urgido de verificación o comprobación. La ficción es libre de tales ataduras; simplemente, la ficción se acepta como ficción.

Naturalmente, los problemas para hacer el deslinde entre un relato de verdades y un relato ficcional se tornan angustiosos cuando el escritor es hábil en el arte de la manipulación del discurso. Así cuando vemos que el relato comienza a poblarse de descripciones imposibles de ser verificadas, cuando el escritor reproduce diálogos secretos de donde nunca estuvo para oírlos o en donde no le fue posible tomar nota puntual de ellos para reproducirlos con la exactitud que pretende, cuando se interna en la mente humana para darnos cuenta de los pensamientos o los sentimientos de un personaje —patrimonio estos del alma, y, por tanto, imposibles de ser conocidos desde fuera—, etc., cuando algo así comienza a suceder en el texto, colegimos entonces, que estamos asistiendo a la transposición de los linderos entre el relato referencial y el relato ficcional. Pero muchas veces esto sucede, repito, sin que advirtamos el embuste, gracias a la habilidad del escritor. Muchas veces, suponemos estar leyendo

un texto histórico, es decir, un texto de verdades, sin darnos cuenta de que el historiador, de pronto, ha comenzado a ficcionalizar el discurso, a emplear procedimientos vedados a toda comprobación, a entremezclar datos imposibles de ser copiados del plano de las certezas.

No siempre la historia ha sido un discurso de verdades. Muchas veces el relato histórico, oído o leído, ha sido un buen relato ficcional perfectamente camuflado por un historiador imaginativo. Y ello ha ocurrido en todas las épocas. Desde la Antigüedad Clásica hasta nuestros días. Los reclamos por hacer el deslinde entre el discurso histórico y el discurso literario datan desde hace mucho tiempo (por ejemplo, Chassang, 1862), y han ido junto con los esfuerzos, por ejemplo, del alemán Leopold Von Ranke, en el siglo XIX también, por decantar la historia —género literario desde el tiempo de los griegos— para convertirla en una disciplina científica. En nuestra época —véanse los trabajos de Hayden White (2003) y muchos otros—, son comunes los estudios para establecer fronteras entre el discurso histórico y el discurso literario.

Cuando nuestros primeros escritores castellanos iniciaron la descripción del Mundo Nuevo, allá a finales del siglo XV, apelaron a diversos procedimientos contaminantes, es decir, que bien pronto ficcionalizaron el discurso histórico; y terminaron enhebrando el relato literario en el relato de verdades. Nunca podremos decir con verdad si no se dieron cuenta o si lo hicieron a propósito. A lo largo del siglo XVI y de los siglos siguientes, nuestros primeros escritores —no todos, es cierto— entremezclaron la realidad con la fantasía, la verdad histórica con la creación imaginativa. Tampoco es fácil establecer las medidas. El punto preciso del cruce de los linderos de la realidad y de la ficción no siempre ha quedado claro para los inmediatos

o posteriores destinatarios del discurso colonial. Muchas veces estos han tomado sin más el relato ficcional como si estuvieran trabajando con el puro relato de verdades. El texto del Becerrillo, el perro traga indios, que nos muestra el P. de Las Casas en su *Historia de las Indias*, es un cuento, no es historia. Es ficción; se le mire por donde se le mire. Y, por tanto, no nos está permitido levantar juicios valederos a partir de él, como no sean los que podemos levantar a partir de un cuento de Borges. El cuento del Becerrillo lo traen varios autores de la época, por ejemplo, Gonzalo Fernández de Oviedo, pero no siempre se cuidan de dejar bien clara la procedencia rumorosa del mismo.

Hay historiadores que aseguran que sus dichos son verdaderos y proceden de testimonios ajenos a toda duda. Y lo son. Pero, en otras ocasiones, los narradores también aseguran que su relato procede de buenas fuentes, y como que buscan hacernos creer lo que, sin duda, solo es verosímil, no verdadero. El narrador Cervantes, aseguraba que su inmortal tarea había consistido solo en trasladar el manuscrito de un historiador arábigo, que luego de arduas congojas heurísticas halló en una sedería del Alcaná de Toledo; manuscrito que compró por medio real e hizo traducir por entero, para su edición personal, al precio de dos arrobas (poco más de diez kilos) de pasas y dos fanegas (un par de sacos) de trigo. El destinatario (actante también ficcional) tendrá que creerlo así, a riesgo de echar a perder toda la obra de arte.

Diferente es la configuración de un discurso histórico o referencial del de un discurso imaginativo y artístico. Gonzalo Fernández de Oviedo también cuenta la historia de la toma del Cuzco, es decir, el alzamiento de Manco Inca y la captura del Cuzco por Almagro. En el libro noveno de la Tercera Parte, que es el XLVII de la *Historia general y natural de las Indias*, una historia de la época de los sucesos, en todo caso, escrita antes de

1548, se da cuenta de la misma rebelión de Manco Inca y de las mismas guerras fratricidas entre Pizarro y Almagro. Pero no es por las seguridades que nos da Oviedo que concluyamos que no es un relato ficcional, sino por el examen del texto donde no encontramos que su autor pretenda, ni remotamente, configurar un personaje al que se le podría tildar de “héroe”, en el sentido que hemos precisado en los puntos anteriores y, menos, pretenda trazar una historia encapsulada capaz de discurrir entre el /antes/ y el /después/ del propio relato; y que pueda autoexistir en las páginas del texto en sí, como ocurre con todo discurso literario, cuyos contenidos rehúyen el compromiso de verdad con la realidad, sino que más bien inauguran y culminan un discurso verosímil una vez que se abren o se cierran las tapas del libro. En el relato histórico, en cambio, el propio texto reclama del autor y del lector posturas de compromiso con la verdad.

En el caso de Oviedo, su compromiso es el de acomodar el relato a los acontecimientos verdaderos procurando la fidelidad de las fuentes y su apego a ellas. Es más, rehuendo encarecidamente todo entendimiento con la ficción: “Oyd, pues, los que de libros vanos y fabulosos no os preçaiys: escuchad los que de verdaderas historias quereys parte”, exclama cuando cuenta el retorno de Almagro de los resecos desiertos de Chile (Libro XLVII, capítulo VI). Y ahí mismo agrega: “e vereys que no son metáphoras, sino tan al propio discantada la historia”.

En su relato, nunca Oviedo configura personajes ni acomoda los acontecimientos con el ánimo de crear un mundo cerrado y autónomo, repito. Sus simpatías (por ejemplo, con Almagro) no lo llevan a ficcionalizar sus hechos para encarecerlos. Jamás busca el encantamiento con las hazañas del Adelantado, sino probar la bondad de su causa con apego a testimonios que él juzga fidedignos. Y su relato se limita a dar cuenta de los acontecimientos

siguiendo un orden lógico y respetando una temporalidad sin la cual devendría la historia en ininteligible. Finalmente, sus dichos admiten ser confrontados con otros.

A veces, solo se limita a transcribir testimonios de testigos de los hechos y que han escrito relaciones para los funcionarios de la corte en España, formuladas como una obligación o un reporte con implicancias legales. Lo hace dos veces consecutivas trasladando sendas relaciones del propio Diego de Almagro, dirigidas al rey (Libro XLVII, capítulos I y ss.). Y lo hace refiriendo las relaciones de otros testigos, como el caso del doctor Sepúlveda (Libro XLVII, capítulo XXI), a quien dice seguir por su seriedad y apego a los hechos. Es más, expresamente declara el valor de estos testimonios, en su relato de corte histórico, para contrapesar la verdad:

Agora digo yo que he nombrado ya algunos en lo que hasta aquí la historia ha contado, en adelante se hará mención dessos e de otros que lo verifiquen; y el que esta cuenta me quisiere pedir, no espere a que los testigos se mueran ni que yo no pueda responder por la verdad; que así ella me valga, mi intención no es principalmente sino de escribir lo que en effeto ha pasado (Fernández de Oviedo, Libro XLVII, capítulo VIII).

Lo mismo sucede con otros historiadores que dan cuenta de los mismos sucesos de *La toma del Cuzco*. En la Cuarta Parte de la *Crónica del Perú*, volumen I, titulado “Guerra de las Salinas”, escrito antes de 1554, año en el que fallece su autor, e inédito hasta 1877, Pedro Cieza de León también da cuenta de los hechos ocurridos a propósito del enfrentamiento entre Almagro y Pizarro y la simultánea rebelión de Manco Inca. Es un relato histórico extenso, pormenorizado y puntual el que viene en el referido volumen. Pero de ninguna manera se podría decir de él

que es un relato ficcional o novelesco, como el de Diego de Silva y Guzmán, en el que se construye un mundo cerrado que pueblan personajes que dialogan entre sí o que viven escenas coloridas que, a veces, caen en el plano de lo maravilloso, como aquella vez en que dos españoles hacen huir un ejército de dos mil indios en *La toma del Cuzco*. El texto de Cieza es, sin la menor duda, y así es tenido de modo indiscutible, exactamente un texto histórico; con un ordenamiento lógico y que procura en todo momento su concordancia con la verdad.

En el Libro Tercero de la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, un libro publicado en Amberes el año de 1555, Agustín de Zárate cuenta la misma historia de la rebelión de Manco Inca y de las guerras fratricidas entre Pizarro y Almagro. Lo hace en una apretada síntesis que tampoco tienen la menor semejanza, en lo discursivo, con el relato novelesco o ficcional al estilo de Diego de Silva y Guzmán, sino que su interés es el de reflejar los acontecimientos verdaderamente ocurridos con apego a la verdad.

Finalmente, un poco más tarde que los relatos anteriores, Pedro Pizarro, hacia 1571, terminó una *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*, en cuyos capítulos del 19 al 15, principalmente, narra el alzamiento de Manco Inca y la guerra entre los Almagro y los Pizarro. No obstante ser un relato memorioso no exento de intensidad, no es en algún modo un discurso literario con apego a los moldes de la narración ficcional, ni a la construcción de personajes que se desenvuelven en el discurso como seres corpóreos, actuantes o dialogantes. Congelados —atrapados— en una narración imposible de ser cambiada a riesgo de volverse otra distinta, un libro diferente, como ocurriría si quisiéramos que el Quijote ya no cruzara lanzas con los molinos de viento.

En la narración artística, los personajes se condenan a hacer siempre las mismas cosas y a decir siempre las mismas cosas; no pueden escapar de las tapas del libro de ficción. En el discurso histórico, un personaje siempre es pasible de ser confrontado con nuevos documentos que amplíen o desfiguren su estado provisorio; sin que por ello deje de ser el mismo. En cambio, los personajes de una obra artística son eternos; luego, siempre serán los mismos, siempre repetirán las mismas cosas. Los personajes históricos son precariamente provisionales.

Algo muy diferente a los relatos históricos anteriores es lo que sucede con el narrador de *La toma del Cuzco*. En este caso, el destinatario (el lector) debe abandonar su condición de ser real y entrar en el juego de la ficción y “creer” lo que le quieren hacer creer. Entrar en el pacto de la ficción. *Debe* aceptar que el narrador omnisciente puede entrar deliberadamente en el pensamiento de los personajes, como aquella vez cuando Hernando se escapa del Inca en las afueras de Tambo, en el Cuzco: “Al Inga le pesó en gran manera de írsele Hernando Pizarro, porque bien *pensaba* él que si otro día esperaba que no se le escaparía español ninguno”. Otro ejemplo de conocimiento del mundo interno de los personajes, por parte del narrador omnisciente de *La toma del Cuzco*, es cuando da cuenta del discurrir del Inca al momento de enviarle presentes a Almagro: “*Pensando* por esta vía asegurarle y traerle a Tambo para matarle con todos los que consigo traía”. A veces, no hay marcas puntuales en el texto de estas intromisiones en el alma ajena del Inca, pero el hecho se deduce con facilidad. Declara el narrador que el Inca, al enterarse de los sucesos de la fortaleza de Sacsayhuamán: “como supo lo mal que lo pasaban los suyos, estuvo con tanto coraje que se quería morir”. También, en las afueras de Tambo, refiere el discurrir de la mente del Inca cuando este manda a sus hombres “que todos finjan que huyen”,

para hacer que los españoles los sigan y, luego, retornando los acorralen en la sierra “adonde no serían señores los caballos”.

A veces, entra en el discurrir interior colectivo de los rebeldes quechuas: “... venían los indios *pensando* que, hallando poca gente cristiana, la tomarían fácilmente”. Y, sin duda, la mente del héroe también está a su alcance: “Hernando Pizarro reconoció la fuerza ser tal, que aunque llevara dos mil hombres era poco para allí por ser la sierra tan áspera y los enemigos tantos y tan animados, y el pueblo tan fuerte, que aun con artillería, según las fuerzas de las cercas, les hiciera poco daño”. Al narrador omnisciente no le ocasiona ninguna dificultad dar cuenta de un prolongado discurrir en el mundo interior del héroe; y lo hace con extrema naturalidad:

Entendiendo Hernando Pizarro el propósito del Adelantado, y viendo el poco reposo que se le aparejaba, al cabo de un año que con tanto trabajo y peligro había sostenido esta tierra; *considerando* el mucho mal que desto había de suceder, *pareciéndole* por una parte que el Adelantado venía con determinación de meterse en el Cuzco; por la otra, *sabía* que no tenía provisión de Vuestra Majestad que tal le mandase, porque las que tenía, él se las había traído y suplicado a Vuestra Majestad por ellas, cuando vino en España. *Pareciale* ser gran poquedad entregarle la tierra que estaba dada en gobernación a su hermano...

En ocasiones, se introduce en los inviolables consejos incas para reportar lo que allí ha sucedido, como aquella vez cuando deliberó el consejo del Inca y convino en responder la carta de Almagro, no así la de Hernando; y “cortalle la mano derecha” al chasqui que había enviado este, “y un español de los tres, *por hacerle placer*, se la cortó”. Sin duda, pues, se trata de un narrador que abiertamente declara conocer lo que se dice en todo tipo de situaciones

reservadas. Veamos un ejemplo más, ahora cuando ‘ingresa’ en el cerrado campo enemigo de Almagro: los mensajeros, después de hablarle en público al Adelantado, “se apartaron *en secreto* donde hubo alguno entre ellos que derramó tanta cizaña, que fue causa del mucho mal que después sucedió”.

Anotemos, solo como un último ejemplo, para referir la vocación omnisciente de este narrador, un párrafo más: “Intervenía en estos conciertos Paulo, su hermano del Inca. Y de secreto le enviaba a decir que le querían engañar para quemarle. Y esto hacía lo Paulo porque no viniendo el Inca, era él señor. Y en esto intervenían cartas que escribía el Adelantado, y el Inca respondía y daba razones por donde no le estaba bien venir de paz”. Y todo eso es aceptado por el lector; pues si no lo hace, se sale del universo artificial.

Sobre el autor que presentamos, debemos decir que Diego de Silva llegó al Perú en 1535, muchacho de 26 años, con Hernando Pizarro, poco antes del sitio del Cuzco (Porrás, 1986: 59). Participó en el auxilio de dicha ciudad, cuando la rodeó Manco Inca. Primero, fue con la expedición al mando de Mogrovejo. Cuando los indios la deshicieron en Parcos, salvó de milagro y volvió a Lima descalzo, caminando solamente por las noches para no ser descubierto, y enloquecido de hambre. Después, casi enseguida, “que no había tiempo para más” fue con la expedición de Alonso de Alvarado y libró muchos encuentros sanguinarios con los indios antes de llegar a la Ciudad Imperial. Lograda la victoria, se establece en el Cuzco y participa en las arduas tareas de afincar la *Pax hispánica*. También, participó el poeta en el auxilio de Lima, por idénticas razones. No obstante, se quedaría a vivir para siempre en el Cuzco.

En la disputa con Almagro, Diego de Silva desenvainó su espada por los Pizarro en la batalla de Cachipampa, a las afueras

del Cuzco, más conocida como la batalla de las Salinas y, apenas acabada esta, cogió la pluma para escandir unos versos con los que pretendería levantar un alegato incontestable al derecho de los Pizarro a la gobernación de los territorios ganados a los indios. Luego de las Salinas, Pizarro le cedió la encomienda que antes perteneciera al almagrista Alonso Díaz (Lohmann, 1950: 18-40). Allá pasó a tomar posesión el 22 de marzo de 1539. La orden firmada por el mismo don Francisco, está refrendada por su secretario Alonso Picado. Cuando asesinaron a Francisco Pizarro, fue en busca de Vaca de Castro a *Xauxa*. Peleó en Chupas, en primera fila de caballos, contra Almagro, el Mozo. Allí, le hirieron de un arcabuzazo. Por ello, Vaca de Castro le cambiaría la encomienda que le otorgó el Marqués, alejada del Cuzco, por otra más cercana, en Condesuyo. Esta vez se trataba de la encomienda que había pertenecido al mismísimo *Demonio de los Andes*, Francisco de Carbajal.

Cuando Gonzalo Pizarro se rebeló, el poeta levantó bandera por su Rey. Por ello, Gonzalo lo encarceló y lo amenazó de muerte. Entonces huye, pero es apresado en Huamanga. Allí, le quitaron las armas y los caballos. Sin embargo, logró huir nuevamente, con su esposa embarazada, hacia un refugio inexpugnable por las sierras de Lucanas. Antes de que pudiera llegar, su mujer Teresa Orgóñez, hija del mariscal Rodrigo Orgóñez, lugarteniente de Almagro, noble de la parentela de Oropesa, da a luz en plena cordillera y en noche de nevada. Poco después lograron alcanzar la peña salvadora.

Cuando sabe que ha llegado La Gasca, el poeta se presenta y va con él a la batalla de *Xaquixaguana*. Cuando termina la guerra vuelve a ser el vecino notable del Cuzco, Regidor del Cabildo Metropolitano y, en 1549, Alcalde de la Imperial Ciudad.

Cuando los encomenderos se sublevaron contra la Corona, Diego de Silva fue obligado a ir con ellos, en rehenes, tras Francisco Hernández Girón. Pero fue por poco tiempo. En Pachacámac, aprovecha de una escaramuza para huir hasta el pendón de su Rey. En la rota de Pucará, lo veremos luchando en el campo real y contra el caudillo alzado. Nuevamente, será herido de un arcabuzazo.

Restablecida la paz, vuelve al Cuzco. Ahora, será el vecino principal que posee una de las mansiones más lujosas de todo el novísimo virreinato. Allí, se alojó alguna vez el virrey Francisco de Toledo: “[...] quizá en recuerdo de tal hospedaje o por concesión debida a la calidad de sus dueños, tuvo la casa el privilegio señorial de asilo, atestiguado por gruesas cadenas tendidas en la puerta principal [...]”, nos cuenta don José de la Riva-Agüero (1955: 12).

Rico como estaba, da rienda suelta a toda su magnificencia de vecino notable y de cristiano viejo. Otorga gruesas limosnas para los monasterios, para los hospitales, para la gente necesitada. Las últimas noticias que tenemos de nuestro poeta son que había logrado traer agua para la ciudad y que andaba buscando más rentas para el hospital de menesterosos, cuando él ya había agotado todas las suyas. No sabemos cuándo murió. Lo que sabemos es que la gente le recordaba por sus muchas mercedes. Y lo cierto es que arruinó por ellas a sus deudos. Por eso, es que el virrey Toledo concedió a la viuda del poeta, por una vida más, la encomienda que había bien ganado el soberbio castellano. Hasta hace poco, el barrio donde quedaba su casa, los cuzqueños le llamaban *Silvaj*, en su memoria.

Bibliografía

- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Barcelona, Ramón Sopena, 1962.
- CHASSANG, Alexis. *Historia de la novela y de sus relaciones con la historia en la antigüedad griega y latina*. Traducción de E. M. Díez. Buenos Aires, Joaquín Gil, 1948. [Título original: *Histoire du roman et des ses rapports avec l'histoire dans l'antiquité grecque et latine*. París, Librairie Académique Didier et Cie., Libraires-Éditeurs, Deuxième Edition, 1862].
- CIEZA DE LEÓN, Pedro. *Crónica del Perú. Cuarta Parte-Vol. I: Guerra de Las Salinas*. Edición, prólogo y notas de Pedro Guibovich Pérez. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de Historia, 1991.
- COELLO, Óscar. *Los inicios de la poesía castellana en el Perú*. 2.^a ed. [1.^a ed. 1999]. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001.
- _____. “Atabálipa, no Atabalipa: examen de un malentendido”. *Actas del II Congreso Internacional de Lexicología y Lexicografía “Pedro Benvenuto Murrieta”*. Lima, Academia Peruana de la Lengua, 2007.
- _____. *Los orígenes de la novela castellana en el Perú*. Lima, Academia Peruana de la Lengua y Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2008.
- _____. “Un poema del descubrimiento del Perú para ser escuchado por Francisco Pizarro: Examen de la actorialización enunciativa”. *Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu*. Editado por Margarita Guerra Martinière y Rafael Sánchez-Concha. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012.
- COURTÉS, Joseph. *Análisis semiótico del discurso*. Traducción de Enrique Ballón Aguirre. Madrid, Gredos, 1997.
- DE LAS CASAS, Fray Bartolomé. *Historia de las Indias*. Tomo XCVI. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1961.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra-Firme del Mar Océano*. Tercera Parte. Edición de José Amador de los Ríos. Madrid, Real Academia de la Historia, 1851.
- _____. *Sumario de la natural historia de las Indias*. Edición de Álvaro Baraibar. Madrid, Iberoamericana, Frankfurt, Vervuert, 2010.
- GARCÍA LORCA, Federico. *Obras completas*. Tomo I. Madrid, Aguilar, 1980.

- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. “La soledad de América Latina”. Discurso de recepción del Nobel (1982). http://cvc.cervantes.es/actcult/garcia_marquez/audios/gm_nobel.htm. Martes, 09 de febrero de 2016.
- GARCILASSO DE LA VEGA, el Ynca. *Primera parte de los comentarios reales, que tratan del origen de los Yncas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes, y gouierno en paz y en guerra: de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su República, antes que los españoles passaran a él*. Lisboa, En la oficina de Pedro Crasbeeck, 1609.
- GENETTE, Gérard. *Figuras III*. Traducción de Carlos Manzano. Barcelona, Lumen, 1989.
- _____. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Traducción de Celia Fernández. Madrid, Taurus, 1989.
- _____. *Ficción y dicción*. Traducción de Carlos Manzano. Barcelona, Lumen, 1993.
- _____. *Umbrales*. Traducción de Susana Lage. México D. F., Siglo XXI Editores, 2001.
- HAMBURGER, Kate. *La lógica de la literatura*. Traducción de José Luis Arántegui. Madrid, Visor, 1995.
- HERNÁNDEZ, Alonso. *Historia parthenopea*. Roma, Stephano Guilleri de lo Reño, 1516.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa. *Juan de Mena, poeta del Prerrenacimiento español*. México D. F., Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1950.
- LOHMANN VILLENA, Guillermo. “Romances, coplas y cantares de la Conquista del Perú”. *Mar del Sur*. Vol. III, N.º 9, Lima, 1950.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco. *Historia general de las Indias*. Facsímil de 1555. Lima, Comisión Nacional del V Centenario del Descubrimiento de América: Encuentro de Dos Mundos, 1993.
- MATICORENA ESTRADA, Miguel. “El vasco Pascual de Andagoya inventor del nombre del Perú”, en *Cielo Abierto*. Vol. II, N.º 5, Lima, 1979.
- MENA, Juan de. *El laberinto de Fortuna o las trescientas*. [1444]. Edición, prólogo y notas por José Manuel Bleca. Madrid, Espasa Calpe, 1960.
- NAVARRO TOMÁS, Tomás. *Métrica española, reseña histórica y descriptiva*. 3.ª ed. [1.ª ed. 1956]. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1972.

- PIZARRO, Pedro. *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. 2.^a ed. Edición y estudio de Guillermo Lohmann Villena, y nota de Pierre Duviols. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1986.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl. “Diego de Silva, cronista de la conquista del Perú”. *Mar del Sur*, Tomo V, N.º 15, Lima, 1951.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*. [NTLLE] <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>. Martes 09 de febrero de 2016.
- RIVA AGÜERO Y OSMA, José de la. *Paisajes peruanos*. Lima, Imprenta de Santa María, 1955.
- RODRÍGUEZ-MOÑINO, Antonio. “Actes du Colloque International sur Littérature et Histoire du Pérou”, en *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brazilien. Caravelle*. N.º 7, Universidad de Toulouse, 1966.
- SALVATIERRA, Fátima. “Acerca del nombre de ‘Cahuide’: nuevos datos”. *Escritura y Pensamiento. Revista de la Unidad de Investigaciones de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas – Universidad Nacional Mayor de San Marcos*, Año XII, N.º 24, Lima, 2009.
- VARGAS LLOSA, Mario. “Elogio de la lectura y la ficción”. Discurso de recepción del Nobel (2010). https://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2010/vargas_llosa-lecture_sp.pdf. Martes, 09 de febrero de 2016.
- WHITE, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Traducción de Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino. Barcelona, Paidós, 2003.
- ZÁRATE, Agustín de. *Historia del descubrimiento y conquista del Perú [1555]*. Edición, prólogo y notas de Franklin Pease G. Y. y Teodoro Hampe. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995.

Correspondencia:

Óscar Coello

Docente del Departamento Académico de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo electrónico: ocoello@pucp.pe